

## 39

XXX.—Entremés famoso de los Huevos.<sup>1</sup>

## FIGURAS:

MENGA.	BENITO, su marido.
LLORENTE.	GILA, su mujer.
EL SACRISTÁN.	EL BENEFICIADO.
EL DOCTOR.	MÚSICOS.

Salen BENITO riendo con MENGA, y GILA, LLORENTE y el SACRISTÁN, teniéndolos.

MENGA. ¡Aquí, justicia de Dios, que me mata mi marido!

BENITO. ¡Dejadme!

LLORENTE. ¿Estáis sin sentido?

SACRIST. ¡Que siempre reñís los dos!

BENITO. Dejámela dar de coces, que luego la dejaré.

MENGA. ¡Vos coces á mí! ¿Por qué? ¿Por qué?, ¿por qué?

SACRIST. No déis voces.

BENITO. ¡Que hubo de venir el diablo para que cobráseis brío!

GILA. El diablo... Hablad bien, tío.

BENITO. Mejor que no sos vos habro.

GILA. ¡Mala Pascua y mal San Joan! ¿Mejor que no yo? Mentís.

(Riñen GILA y BENITO, y meten paz los demás.)

LLORENTE. ¡Fuera!

SACRIST. Con todos reñís. Respeto al sacristán, ó, por Dios que, si me enojo, os descomulgue á los tres.

BENITO. Después veréis.

MENGA. ¿Qué después?

(Riñen otra vez y échale la mano y dale al SACRISTÁN.)

SACRIST. ¡Ay, que me ha sacado un ojo!

LLORENTE. En esto había de parar vuestra riña y desconcierto.

MENGA. El sacristán queda tuerto.

BENITO. Pues volvelle á enderezar.

LLORENTE. ¡Gentil hacienda habéis hecho! Veamos lo que tenéis.

SACRIST. Lo que no tengo diréis, pues tengo el rostro deshecho, que de un mojicón me puso Menga este carrillo entero, el ojo como tortero y la nariz como huso. Pero yo lo doy por bien, á trueco que haya parado vuestra riña, que me ha dado harto disgusto también; porque en todo este lugar hay dos casados tan malos, ni que más anden á palos ni den más que murmurar,

<sup>1</sup> Tercera parte de las Comedias de Lope de Vega y otros. Barcelona, 1612.

con no haber un año entero que os velamos á los dos.

BENITO. No se lo perdone Dios, amén, al casamentero.

MENGA. A quien con vos me juntó, encomiendo á Lucifer.

LLORENTE. ¡Hola!, menos ofrecer.

SACRIST. Que soy el que os casé yo. ¿No sabremos sobre qué esta pesadumbre ha sido? Yo os lo diré.

BENITO. Yo, marido, lo diré.

MENGA. Yo lo diré.

BENITO. Yo lo tengo de decir.

MENGA. No diréis.

BENITO. Ni vos tampoco.

MENGA. No seas loca.

MENGA. Vos sois loco.

SACRIST. ¿Mas que volvéis á reñir?

BENITO. ¿Qué va si una estaca empuño?...

MENGA. ¿Estaca para mí, vos, mal hombre?

TODOS. ¡Ah, cuerpo de Dios!

(Vuelven á reñir, y el SACRISTÁN, de lejos, grita: paz, paz.)

SACRIST. Paz, paz, temo otro rasguño.

LLORENTE. Dejad que lo cuente ella.

GILA. ¿Qué importa que ella lo cuente?

BENITO. Irase toda la gente, que yo me avendré con ella.

SACRIST. Decidlo, Menga.

MENGA. Ya todos

sabéis que es el Corpus Christe mañana por todo el mundo, fiesta entre todos terrible, para cuya procesión allá en Sevilla nos dicen, que ha más de noventa días que invenciones se aperciben de muchas danzas y carros, donde van representistes, que recitan las historias que nueso cura repite. Diz que ha de estar en las Gradass tantos de arcos, y diz que han de estar todas las calles enforradas de tapices; y como yo nunca he vido, con aquestos arrequites á Sevilla, al mi velado que allá me lleve pedíle. Djome ayer que mañana, pero hoy con Gila Domínguez me llevaría á la fiesta; y esta mañana vestíme, ya me véis cómo, de Pascua con mi patena y mis dijés. Cuando ya la burra estaba aguardando que la cinche, trujo Benito unos huevos para almorzar; yo le dije que no pensaba freillos, por no llenarme de tizne, y también que no quería almorzar, si no partirme

á Sevilla. Sobre aquesto, yo, que no es; él, que sí es, alborotamos el barrio; pero si como venisteis á las voces, no viniérais, mal demoño me trompique, si no le hubiera sacado con mis uñas, como tigre, los ojos, y con mis dientes arrancado las narices.

SACRIST. ¡Miren sobre qué cimientose fundó la pesadumbre!

LLORENTE. Ya en esta casa es costumbre reñir por cosas de viento.

BENITO. ¿Cosa de viento os parece no hacer lo que yo la mando?

GILA. Pues ¿por qué ha de estar mandando quien servilla no merece?

SACRIST. ¿Quién os mete, Gila, á vos entre marido y mujer?

GILA. Yo, que me quiero meter, que somos primas las dos. Mira, el diablo te aburra si haces cosa que él te mande.

LLORENTE. Benito, el rencor se ablande, y enalbardá vuestra burra, que no por esta rencilla ha de perder en mal fin estorbar la ida.

BENITO. Al fin soy de condición sencilla. Y como siempre sabéis torcerme á vuestro mandar, pensaisme agora ablandar, pero esta vez no lo haréis. Menga tiene de freir los huevos.

MENGA. No freiré tal.

LLORENTE. Si en sólo en eso está el mal, tú á freillos puedes ir.

GILA. Que me place.

BENITO. Yo no quiero que Gila los fría. Vos los sabréis freir, por Dios.

MENGA. Pues no freiré.

BENITO. ¿Qué espero?

(Cógela por los cabellos y quitansela los demás.)

MENGA. ¡Qué me ahoga!

BENITO. ¡Oh, pesia mí!

¿Soy hombre de burlas yo?

¿Freís los huevos?...

MENGA. No, no.

BENITO. ¿Cómo no? Freireislos.

MENGA. Sí. (Váse.)

BENITO. ¡Eh, Dios!, si no me la quitan, que le había de sacar la lengua, para enseñar á las mujeres que gritan.

SACRIST. Luego ¿querías ahogalla?

BENITO. No, sino estrujalle el cuello; mas ya que diz quiere havello, con lengua quiero dejalla.

Por acabada la riña podéis dar, que la mujer, cuando empieza á obedecer, no hay marido que la riña.

SACRIST. Dadme la palabra, pues, de no aporrealla más hoy.

BENITO. La mano y palabra os doy <sup>1</sup>.

SACRIST. Pues voime á tañer á misa, que querrá el Beneficiado decilla. (Váse.)

BENITO. El que es mal casado, duerme mal y vive aprisa. Pues en la cama y [la] mesa, la lengua de una mujer que á todo ha de responder, si al marido oilla le pesa, es el tormento, sin duda, mayor que en el mundo ha habido, como es gloria que el marido sea sordo y ella muda.

Salí LLORENTE solo.

LLORENTE. Compadre.

BENITO. ¿Qué me queréis?

LLORENTE. Deciros que sois extraño de condición, pues un daño tan mal remediar soléis. No todo se ha de llevar por rigor de la mujer; como mula de alquiler no siempre se ha de picar. Porque del curso contino de la espuela, á perder viene el sentimiento que tiene, y se echa en el camino. Alguna vez no condeno le déis una coz ó palo, pero dalle siempre, es malo. Lo conozco, pues, ¿qué hay bueno?

LLORENTE. Que los enojos pasados se olviden.

BENITO. Daldos por nuevos si Menga no fríe los huevos.

LLORENTE. Bastará que sean asados.

BENITO. ¿Cómo asados?

LLORENTE. Como vió su muerte, por no freir los huevos, para salir con la suya, los ha asado. Y si algo puedo valer con vos, no hay que replicar en ello, sino almorzar en paz con vuestra mujer; y cuando hayáis almorzado, con vuestra mujer, iré á Sevilla.

BENITO. Pues yo haré cuanto vos queráis, cuñado. (Váse.)

Salen el BENEFICIADO y el DOCTOR.

DOCTOR.

Señor Beneficiado, veinte veces estoy arrepentido de haber sidb comisario este año de la fiesta. Bien sé que está el lugar tan empenado, que no se podrá hacer como otros años la fiesta; pero no se hará tras desto

<sup>1</sup> Falta un verso después de éste para completar la redondilla.

muy mal, porque si faltan los danzantes que solían traerse de Sevilla...

BENEFICIADO.

El sacristán es hombre que ha juntado los zagales del pueblo, y con aquellos que más habilidad muestran que tienen, ha ensayado una danza con su música, que si tuvieran buenas vestimentas los danzadores y músicos, pudieran bailar delante de los mismos reyes.

DOCTOR.

Ya sé que vuesa merced les ha compuesto una letra en diálogo, muy buena, y no se si estarán tan ensayados que me saquen la barba de vergüenza ó me afrenten delante de concejo.

BENEFICIADO.

Por eso, licenciado, os he traído. Aquesto era el ensayo.

DOCTOR.

Pues ¿adónde está la gente?

BENEFICIADO.

Aquí, en la sacristía, se están vistiendo todos. ¿A quién digo?

*Sale el SACRISTÁN medio vestido de fiesta.*

SACRISTÁN.

¿Qué nos manda el señor Beneficiado?

BENEFICIADO.

¡Hi de puta, qué bien está vestido el sacristán!

SACRISTÁN.

Pues falta por ponerme otra pieza, que yo sé que, acabada de vestir, la figura ha de estar buena.

BENEFICIADO.

Los músicos estén como conviene.

SACRISTÁN.

Vestidos están todos.

BENEFICIADO.

Pues comience el ensayo.

SACRISTÁN.

Desvíense á este lado, que han de salir tan recio los danzantes, que rodarán al hombre que encontraren.

DOCTOR.

¿Tan recio es el principio desta fiesta?

SACRISTÁN.

Saldrán como tirados en ballesta. *(Vánse.)*

*Salen los MÚSICOS y el SACRISTÁN con sonajas, bailando como supieren.*

UNO. «Á la fiesta del Sacramento,

<sup>1</sup> Este verso resulta largo; pudiera leerse «vuesarced» en lugar de «vuesa merced».

pues es la mayor del año, tañe y canta.

OTRO. Canto y taño.

Este es el pan que nos da sustento este es pan que sustento nos da; este es pan, y en la sustancia Dios es; por eso llégate, pues, á comello, pecador.

OTRO. Justo le llama mejor, si lleva arrepentimiento del mal que hizo en su daño.

UNO. Tañe y canta.

OTRO. Canto y taño.

Este es pan que nos da sustento.

LLORENT. Este es pan que sustento nos da.»

*(Dentro):*

Abran aquí.

DOCTOR.

¿Quién es el que aporrea las puertas de la iglesia con tal fuerza?

BENEFICIADO.

Bachiller, ved quién llama.

LLORENTE.

¿Está acá el médico?

SACRISTÁN.

Si está. ¿Qué le queréis?

BENEFICIADO.

Entraros dentro

á la sacristía á desnudaros, mientras el bachiller abre la puerta.

UNO.

Pues lo mejor faltaba.

SACRISTÁN.

Ya está abierta.

*(Vánse y sale LLORENTE.)*

LLORENT. Guárdelos Dios, licenciado; id en volandas, que está Menga muriéndose ya.

DOCTOR. Ya vuelvo, Beneficiado.

No se haga mientras no venga la fiesta, que está excelente. *(Váse.)*

BENEFIC. ¿No me contaréis, Llorente, qué mal es este de Menga?

LLORENT. Después de habella aporreado

sobre freir unos huevos y haberse hecho las paces, se sentaron á comellos.

Menga, que es el pie<sup>1</sup> del diablo, y tan dura de cerebro

que meterá á cabezadas un clavo por un madero, aunque se sentó á la mesa,

sentóse torcido el cuerpo, puesta la vista en la tierra

y en los ojos tanto ceño; púsole á Benito aparte sus huevos, pero ella luego

<sup>1</sup> Acaso haya escrito el autor «la piel», frase más usual.

BENITO.

¡Á Dios plugiera!

DOCTOR.

Siéntenla aquí.

MENGA.

Estoy muriendo.

BENITO.

Aunque os muráis, habéis de comer uno. *(Enseñale un huevo.)*

MENGA.

No comeré, no comeré.

DOCTOR.

Sosíéguese: muéstreme esotro brazo. No la tiene; sin calentura está, gracias al cielo.

MENGA.

Señor doctor, yo siento que me muero de aquí...

BENITO.

Comedlo, Menga.

MENGA.

¡No quiero!

DOCTOR.

Todo esto es flaqueza del estómago; como no ha comido...

BENITO.

Pues ¿qué manda vuesa merced que le demos?

DOCTOR.

Unos güevos frescos le pueden dar hasta la tarde, que yo volveré á ver cómo se halla; y adiós, no hay para qué.

BENITO.

¡Voto á mi sayo, que no hay que replicar! Estos dos güevos habéis de comer.

MENGA.

No he de comellos.

BENITO.

Pues cogeré un garrote.

GILA.

¿Qué demonios os tientan? Ó sois moro ó luterano que la queréis matar.

BENITO.

Yo quiero que se coma estos güevos, pues lo manda el médico; no digan sus parientes

.....  
de aquí...

BENITO.

Comedlo, Menga.

MENGA.

No, no quiero.

DOCTOR.

Todo esto es flaqueza del estómago.

BENITO.

Pues ¿qué manda vuesa merced le demos?, etc.

Sin embargo, por no alterar este antiguo texto los dejaremos ir como prosa.

quitó de delante el plato diciendo: «yo no los quiero». Volvió á acercárselos él diciendo: «Menga, comedlos, aunque del cuerpo no os salgan, y dadme á mí este contento.» —No los tengo de comer. —Por Dios que habéis de comellos.

Se dicen y se responden gruñendo como unos perros.—

Mas como Menga es mujer, para salir con su intento,

tomó los güevos del plato y estrellólos en el suelo.

Cogió los platos Benito y dióle con todos ellos,

y ella, con quejas y gritos, alborotó todo el pueblo.

Acudieron los vecinos á meter paz, que este censo,

entre mal casados, tiene quien vive pared en medio.

Reportaban á Benito; mas como Benito es terco,

dice que la ha de matar ó que ha de comer un güevo.

Menga, con el alboroto y los golpes, tiene el cuerpo

como una alheña molida, y aun calentura sospecho.

Dice que se muere á gritos, que los mete allá en los cielos;

mas porque esta vez no muera, vine yo á llamar al médico.

BENEFIC. No hay dos tan malos casados en dos semanas, por cierto.

LLORENT. Ni jamás mujer he visto que rehuse tanto unos güevos.

*(Vánse y salen MENGA, GILA, BENITO y el DOCTOR.)*

MENGA.

¡Muerto me ha este mal hombre! <sup>1</sup>

<sup>1</sup> De aquí en adelante el texto debió de ser alterado por los cómicos, pues apenas conserva rastros del romance endecasílabo en que hubo de ser escrito al principio, poco más ó menos, así:

MENGA.

Muerto me ha este mal hombre.

BENITO.

¡Á Dios pluguiera!

DOCTOR.

Siéntenla aquí.

MENGA.

¡Ay! Yo me estoy muriendo.

BENITO.

Aunque os muráis habéis de comer uno. *(Enseñale un huevo.)*

MENGA.

No comeré, no comeré.

DOCTOR.

Mostradme esotro brazo: no la tiene; sin calentura está, gracias al cielo.

MENGA.

.....  
Señor doctor, yo siento que me muero

que por no dalle yo lo que receta, se murió, y me la pidan como buena.

GILA.

Pues dádmelos á mí, que yo me obligo á hacérselos beber.

BENITO.

Cómalos ella, y sea de la mano del verdugo.

MENGA.

Pues yo los comeré como no sean de las vuestras.

GILA.

Bien véis como ya quiere comerlos; salíos fuera.

BENITO.

Eso me agrada; pero mirad que no se deje nada. (Váse.)

MENGA. Gila, aunque el diablo me lleve, no lo tengo de comer.

GILA. Pues ¿qué pretendéis hacer?

MENGA. Ver si este hombre se mueve. Tú has de decir que estoy muerta y que vengan á enterrarme, y que él vea sacarme á la iglesia por mi puerta. ¿Quién duda que, arrepentido de verse viudo, no sienta mi muerte y se arrepienta de haberme tanto ofendido? Tú le dirás como él fué causa de mi fin temprano; y cuando el turco villano llore, resucitaré.

GILA.

MENGA. Pues al momento me pon como amortajada en el suelo.

GILA. Un almohada sacaré de tu aposento, y una sábana también que servirá de mortaja.

MENGA. Pues este lienzo me encaja por barboquejo.

GILA. ¡Oh, qué bien!

MENGA. Vaya de llanto.

MENGA. Pues yo comienzo. ¡Virgen María! ¡Que se fina mi alegría!

(Fíngese muerta MENGA, y póngala como dicen los versos. Hace que llora y sale BENITO.)

BENITO. ¿Quién se fina?

GILA. Ya espiró.

GILA. ¡Ay desdichada de mí, que acabó ya de espirar!

BENITO. ¿Murió Menga?

GILA. Sí.

BENITO. Á llamar voy quien la saque de aquí; pero los güevos...

GILA. Fué yerro porfiar tanto con ellos.

BENITO. ¿Murióse por no comellos? Pues alto, voy por su entierro. (Como si yo no entendiera

la malicia. Más viva está que un gato).

GILA. Menga, él se va por los clérigos.

MENGA. Espera; que si hizo este ademán, fué creyendo que no estoy muerta; mas viendo que voy en las andas, que traerán á la iglesia, cierto es que le tiene de pesar de verme y que ha de llorar. Bien dices; échate, pues.

GILA.

Sale el SACRISTÁN, un BENEFICIADO y clérigos con sobrepllices cantando responsos, y BENITO con luto y MÚSICOS, y sin que los clérigos le vean da BENITO á su mujer con el pie y ensúñale un güevo.

MENGA. De veras va esto. El diablo me ha puesto en esto.

BENITO. Mujer, bien me podéis responder; pues estáis viva y os hablo. En vuestra mano está agora comer los güevos.

MENGA. No quiero comerlos, aunque primero me entierren.

BENITO. Sea en buen hora.

(Cantan una oración y responden todos: Amén.)

Comedlos, Menga.

MENGA. Es en vano.

GILA. Menga, que te enterrarán si no los comes.

MENGA. No harán.

SACRIST. Tené dese cuerpo humano. No hay que aguardar aquí más, pues todo va ya rompido. (Váse.)

(Cogen el cuerpo en hombros y vuelven á cantar los clérigos, y cuando habla MENGA, tropezando unos con otros se van huyendo de miedo haciendo cruces.)

MENGA. Yo los comeré, marido.

TODOS. ¡Vade retro, Satanás!

BENITO. ¡Jesús, Jesús! ¡Fuera, fuera!

MENGA. ¿Comeréislos?

BENITO. Sí, sí, sí.

MENGA. ¿Cuántos huevos?

BENITO. ¡Ay de mí!

MENGA. Más de una canasta entera.

## 40

XXXI.—Entremés famoso del Sacristán Soguijo.<sup>1</sup>

ENTRAN EN ÉL LAS PERSONAS SIGUIENTES:

EL SACRISTÁN SOGUIJO. | Lucía, fregona.  
PEÑA, galán. | Músicos.

Salen PEÑA, Lucía y Músicos.

PEÑA. Ya le conocemos.  
¿Qué quiere que hagamos?

<sup>1</sup> De la tercera parte de las Comedias de Lope de Vega y otros. Barcelona, 1612.

LUCÍA. Sepan vuesaacedes que, habrá más de un año, que me dió Soguijo de esposo la mano; que, en fin, me lo debe. (Llora.)

PEÑA. Diga, y deje el llanto.

LUCÍA. Pues ese brodista mi amor ha negado por una picaña que vive en el Rastro.

PEÑA. ¿Qué ha sido la causa de tan grande daño?

LUCÍA. Que ella es mondonguera, tiene mil regalos, y él es muy amigo de panza y de manos.

PEÑA. No sale de allá; allá está encerrado. Remedio les pido á tan grande daño, pues saben lo que es de amor los cuidados; allá queda agora.

PEÑA. Pues yo tomo el cargo de vengar tu enojo, deshacer tu agravio. Ahora saber quiero si vendrá Santiago á acostarse.

LUCÍA. Sí.

PEÑA. Pues juntos partamos, y verás la burla que á Soguijo hago. Haré que te quiera.

LUCÍA. Guárdete Dios; vamos.

PEÑA. Vamos, vamos luego.

(Váanse todos y sale SOGUIJO, sacristán, vestido á lo gracioso.)

SOGUIJO. «Ya no quiero amores fileados, sino amor de dos suelas, como zapato.»

Cuando con Lucía gastaba mis años, su mucha limpieza me traía tan flaco,

que ya me decían todos los muchachos, cuando me topaban:

«licenciado Espárrago». No quiero melindres,

sino oler á nabos, regoldar á berzas, y hartarme de caldo.

Reparar mi vientre, de hambre estropeado,

con panzas, morcillas, cuajares y manos; con este mondongo,

ando yo abultado, que antes parecía,

tan erguido y magro, á rocín de posta, á ligero galgo,

á olla sin tocino, á carne de grajos. Y según estaba

de desvalijado, parecía parido de algún recio parto.

Ahora, si le tengo, crean, sin embargo, pariré buarrina,

y que oleré á sábado. Muchos años dures.

A mi campanario me quiero volver.

¿Si me habré tardado? ¿Qué hora podrá ser?

Sale PEÑA de fantasma por detrás.

PEÑA. Ya las doce han dado.

SOGUIJO. ¿Quién habló á estas horas?

PEÑA. ¿Tengo yo criado?

PEÑA. ¡Hola, sacristán!

SOGUIJO. Sacristán nombraron;

pero muchos hay; no seré yo.

PEÑA. ¡Ha, ha, hau!,

sacristán Soguijo.

SOGUIJO. Agora es el diablo.

¿Quién llama? ¡Jesús! (Ve la fantasma.)

¿Válgame San Lázaro!

¡Ayúdeme el Credo y Poncio Pilato! (De rodillas.)

¡San Jorge, San Blas,

San Pedro y San Pablo,

San Hermenegildo,

San Quintín, San Claudio!

PEÑA. Escúchame atento.

SOGUIJO. Diga, señor diablo.

PEÑA. ¿Cómo si á Lucía

su honor has quitado,

la palabra agora

le niegas, ingrato?

Cástate con ella

al momento.

SOGUIJO. ¿Cuándo?

PEÑA. Esta misma noche,

que aquí está en el prado,

que con unos músicos

te viene buscando.

SOGUIJO. Digo que lo haré.

PEÑA. Hazlo, mentecato.

(Váse la fantasma y levántase SOGUIJO.)

SOGUIJO. Fuese. ¿Si me hirió,

que siento mojados

los calzones? No,

debo estar sudando.

Fuese la fantasma;

¡vaya con el diablo!,

que á mi mondonguera

no he de ser ingrato.

¿Cómo me he de hallar,

sino mustio y lacio

sin el refrigerio

de mondongo y caldo?

Palabras y plumas

lleva el aire vano;

pues no son las mías

de plomo ó de mármol.

(Torna á salir la fantasma.)

PEÑA. ¿Soguijo?...

SOGUIJO. ¡Jesús!

¡Válgame el Calvario!

(*Hincase de rodillas temblando.*)

PEÑA. ¿Así la palabra  
cumples, que me has dado?

SOGUIJO. A San Blas, San Gil,  
á San Crispiniano,  
á San Teodoro,  
á todos los Santos,  
á los querubines  
y á todo el Prefacio.

(*La fantasma va llegando y él va huyendo de rodillas.*)

Al misal, atril,  
vinajeras, platos,  
lámparas, aceite,  
órgano, incensario,  
estolas, manípulos,  
casullas y hostiario.  
Albas, ternos, cintos,  
capas de brocado,  
cálices, patenas,  
corporales, paños,  
pendón, candeleros,  
cruz, alfombras, bancos.  
Altars, capillas,  
torre, campanario.  
Sacristán, iglesia,  
cera, juncia, ramos,  
ataúd, tribuna,  
pila y óleo sacro.  
Tumba, ofrenda, muertos,  
bodigos, roscados,  
llaves, campanillas,  
hasta los badajos,  
pongo por testigos  
de que seré un ajo  
en querer la hembra  
que tú me has mandado.

PEÑA. Hazlo como digo,  
guárdate del diablo. (*Váse la fantasma.*)

SOGUIJO. ¿Huelo mal, señores?  
¿Si me he corruscado?

*Salen los MÚSICOS y LUCÍA y PEÑA. Cantan los MÚSICOS.*

MÚSICOS. «Fertiliza tu vega,  
dichoso Tormes,  
porque viene mi niña  
cogiendo flores.»

SOGUIJO. Paren, paren.  
PEÑA. ¿Qué hay?

SOGUIJO. ¿Viene aquí Lucía?  
A tus pies echado  
pido me perdones. (*De rodillas.*)

LUCÍA. Aunque tan mal trato  
conmigo has tenido,  
lo que pides hago,  
porque una visión  
estando en el Prado  
me dijo lo hiciese.

SOGUIJO. Ya conmigo ha estado,  
y créeme que, estar  
contigo enojado,  
ha sido la causa  
que un amigo falso  
me dijo que ya  
de mí no hacías caso,

y que me olvidabas  
por un vil lacayo.  
Mis letras dejabas,  
que ya se han sonado  
sin tener narices,  
por el Archipámpano.  
Mi ingenio membrudo,  
que en docientos años  
ha correspondido  
como hojas de rábano.  
Y esta voz de bulto  
que por ti no ha entrado  
en una bodega  
de frailes Bernardos,  
¿ansí me pagabas  
dándome de mano?  
Cuando en la tribuna  
los días de Santos  
yo cantaba al órgano,  
versos respunteados  
á contemplación  
de esos ojos zánganos;  
y cuando por ti  
en el campanario  
las campanas quiebro  
siempre repicando...

LUCÍA. Oyeme, Soguillo.  
SOGUIJO. Estoy espantado  
de que me dejases  
por un vil lacayo,  
pudiendo, *per Deum*,  
y Poncio Pilato,  
matarte de amor  
lo que canto y taño.  
¿De un hombre soez  
de humilde espectáculo,  
tan sin proporción,  
vestido de Afano  
y de gusto pérfido  
te has enamorado,  
que es decir en todo  
un ante caballo?

Déjenme, señores,  
que estoy atascado  
en coraje y saña  
contra el vil lacayo.  
LUCÍA. El que te lo ha dicho,  
mi bien, te ha engañado.

SOGUIJO. Pues ¿quiéresme?  
LUCÍA. ¡Y cómo!

SOGUIJO. ¿Qué tanto?  
LUCÍA. ¿Qué tanto?...

Tanto como quiere  
la fea las manos,  
la hermosa la cara,  
la doncella el barro,  
la viuda el melindre,  
la vieja el recado,  
la monja el billete,  
dinero el avaro,  
su alcorán el moro,  
y yo mi estropajo.

SOGUIJO. Y ¿hase de acordar  
del que ensilla el bayo?

LUCÍA. Oye, si jamás  
quisiere al lacayo  
la fea, la hermosa,

la viuda, el avaro,  
la vieja y doncella,  
monja y estropajo,  
todos me sean contrarios<sup>1</sup>  
y [que] tú me olvides,  
sacristán amado.

SOGUIJO. Ya estoy satisfecho.

LUCÍA. El sí que es ingrato,  
pues mi amor no paga.

SOGUIJO. ¿Cómo que no pago?  
Pues ¿quiérela más  
á su gata el gato  
que yo á ti te quiero?  
No; ni á su asna el asno,  
el buey á su bueya,  
á su macha el macho,  
el sapo á su sapa,  
y á su rata el rato,  
el toro á su tora,  
á su gama el gamo,  
el potro á su potra.  
Que tu brío y desgarró  
vale más mil veces  
que un buen boticario.

Y para que veas  
cuán de veras hablo,  
dame como esposa,  
Lucía, la mano.

PEÑA. Al cura llamemos;  
mas antes que vamos,  
pues hay instrumentos,  
bailen algo entrambos.  
Dese al desposorio  
principio bailando.

SOGUIJO. De muy buena gana;  
ea, canten algo.

PEÑA. La letra que os dije  
cantaréis, Lozano.

(*Alzase la sotana Soguio y los MÚSICOS cantan:*)

MÚSICOS. «El amor que rinde  
leones bravos (*bailan los dos*),  
á Soguio ha vuelto  
de bravo, manso.»

SOGUIJO. Oyesme, Lucía:  
¿no se llama manso  
una res que va  
guiando el ganado?

LUCÍA. Sí; ¿qué hay, Soguio?

SOGUIJO. ¿Qué hay? Voy al caso.  
En toda su vida,  
aunque sea burlando,  
los ojos no alce  
á mi mismo hermano,  
porque si los alza  
he de alzar un palo,  
y la he de romper

<sup>1</sup> En este verso, demasiado largo, están comprendidos dos, como exige la rima. Pudiera leerse:

todos, quiera el cielo,  
me sean contrarios.

El pasaje estaba muy viciado en la impresión original,  
pues decía:

todos me sean contrarios  
y tú me olvides, sacristán.  
SOGUIJO. Ya estoy satisfecho, amado.  
LUCÍA. El sí que es ingrato...

á voacé los cascos.  
Y para que vea  
cuán de veras hablo,  
vuelvan esa letra  
que nos han cantado.

MÚSICOS. «El amor que rinde  
leones bravos (*bailan otra vez*),  
á Soguio ha vuelto  
de manso, bravo.»

LUCÍA. Digo, mi Soguio,  
que, pues me he casado,  
es muy justa cosa  
hacer su mandado.  
Mas mire primero  
que no tengo manto;  
la saya se ríe,  
viejo está el calzado;  
de aposento debo  
de alquiler un año:  
busque, pues que quiere  
ser tan limitado.

SOGUIJO. ¿Que si miro en eso,  
estoy obligado  
á traello todo?

LUCÍA. Claro está.

SOGUIJO. ¿Y si callo?

LUCÍA. Si calla, lo habrá  
en casa sobrado.

SOGUIJO. Ahora, mis señores,  
canten con el diablo:  
«A Soguio ha vuelto  
de bravo, manso.»

(*Tornan á cantar y bailan, con que se da fin al entremés.*)

MÚSICOS. «El amor que rinde  
leones bravos,  
á Soguio ha vuelto  
de bravo, manso.»

## 41

XXXII.—Entremés famoso de los  
Romances.<sup>1</sup>

FIGURAS:<sup>2</sup>

PERO-TANTO.	BARTOLO.
MARI-CRESPA.	BANDURRIO.
TERESA.	SIMOCHO.
PERICO.	MARICA.
ANTÓN.	MÚSICOS.

*Salen MARI-CRESPA, TERESA, PERICO y PERO-TANTO,  
viejo, vestidos de labradores.*

MARI. Diga, señor Pero-Tanto,  
¿eso es verdad?

PERO. Más me espanto,  
Mari-Crespa, que dudéis  
mi verdad.

MARI. No os enojéis,  
que no lo digo por tanto.

PERO. Tanto por cuanto ya os digo  
que vuestro yerno y amigo

<sup>1</sup> De la tercera parte de las *Comedias de Lope de Vega*  
y otros. Barcelona, 1612.

<sup>2</sup> Entra además: DOROTEA.

quiere partirse á la guerra,  
y dejar su esposa y tierra,  
que lo consultó conmigo.  
De leer el Romancero,  
ha dado en ser caballero,  
por imitar los romances,  
y entiendo que, á pocos lances,  
será loco verdadero.  
Y aunque más le persuadí,  
está tan fuera de sí  
que se ausenta de Teresa.  
PERICO. Porque es mi hermana, me pesa.  
TERESA. ¡Ay, mal casada de mí!  
Que Bartolo, mi velado,  
se me quiere hacer soldado.  
Madre, ¿con quién me casó?  
MARI. Pues ¿tengo la culpa yo?  
PERICO. ¡Ay, que se va mi cuñado!  
TERESA. ¡Ay, mi querido Bartolo!  
¿Qué he de hacer sola?  
PERICO. Y yo,  
¿qué haré yo solo sin ti?  
MARI. ¡Ay, Bartolo!  
PERICO. Veisle, aquí  
viene á despedirse.  
TODOS. ¿Dolo?

*Sale BARTOLO de labrador y BANDURRIO.*

BARTOLO. Ensíllenme el potro rucio  
de mi padre Antón Llorente;  
dénme el tapador de corcho  
y el gabán de paño verde.  
El lanzón, en cuyo hierro  
se han orinado los meses;  
el casco de calabaza  
y el vizcaíno machete.  
Y para mi caperuza,  
las plumas del tordo dénme,  
que, por ser Martín el tordo,  
servirán de martinetes.  
Pondrásle el orillo azul  
que me dió para ponerme  
Teresa la del Villar,  
mi mujer, que está presente;  
pártete luego, Bandurrio,  
y haz que todo se aderece.  
BAND. Listo voy, que los soldados  
hemos de ser diligentes.

*(Vase BANDURRIO.)*

MARI. ¿Qué es aquesto, hijo Bartolo?  
¿Qué es aquesto en que nos metes?  
¿Casado de cuatro días,  
dejar á mi hija quieres?  
PERICO. Señor cuñado, no vaya  
á reñir con los ingleses,  
que tendrá mi hermana miedo  
de noche cuando se acueste.  
PERO. Ea, Bartolo, no os váis;  
mirad que Teresa siente  
que la dejéis sola y moza.  
TERESA. Más que nunca acá se quede.  
BARTOLO. Teresa de mis entrañas,  
no te gazmies ni jaqueques,  
que no faltarán zarazas  
para los perros que muerden.  
Aunque es largo mi negocio,

la vuelta será muy breve:  
el día de San Ciruelo  
ó la semana sin viernes;  
acuérdate de mis ojos,  
que están, cuando estás ausente,  
encima de la nariz  
y debajo de la frente.

*Sale BANDURRIO.*

BAND. Partamos, señor.  
BARTOLO. Bandurrio,  
¿qué me dices?  
BAND. Que te aprestes,  
que para sesenta leguas  
nos faltan tres veces veinte.  
BARTOLO. Pues queda con Dios, Teresa;  
señores, con Dios se queden;  
adiós, hermano Perico;  
adiós, Pero-Tanto.  
TERESA. Vete.  
*(Vanse BANDURRIO y BARTOLO.)*  
¡Ay, quién se muriera,  
para no pasar  
tantas sinrazones  
en guerra y en paz!  
PERO. Todas las hermosas,  
es cosa vulgar,  
que son desdichadas  
conforme al refrán.  
PERICO. Si es verdad aquesto,  
mi hermana será  
«la más bella niña  
de nuestro lugar».  
MARI. Pobre de la triste,  
pues para su mal  
«hoy es viuda y sola  
y ayer por casar».  
TERESA. ¿Quién, señora madre,  
muerta no se cae,  
viendo que sus ojos  
á la guerra van?  
PERO. La pobre Teresa,  
harta de llorar,  
á su madre dice  
que escuche su mal.  
TERESA. Dulce madre mía,  
¿quién no ha de llorar  
aunque tenga el pecho  
como un pedernal?  
MARI. Calla, por tu vida,  
que remedio habrá.  
PERO. ¿Qué remedio?  
MARI. Iremos  
do su padre está,  
y contando el caso  
saldrá del lugar  
á traerlo atado  
si no vuelve en paz.  
TERESA. Muy bien dice, madre;  
vámosle á buscar.  
Tú, Perico, en casa  
te puedes quedar.  
PERICO. Yo me quedo.  
PERO. Vamos  
presto, que se irá.  
TERESA. Cuando no le hallemos,

«dejadme llorar  
orillas de la mar».

*(Vanse y queda solo PERICO.)*

PERICO. ¿Qué de leer romances  
Bartolo está tal,  
que se haga soldado  
y vaya á embarcar!

*Sale DOROTEA.*

DOROTEA. Hermano Perico,  
que estás á la puerta,  
con camisa limpia  
y montera nueva.  
Mi hermano Bartolo  
se va á Ingalaterra,  
á matar el Draque  
y á prender la reina.  
Tiene de traerme  
á mí de la guerra  
un luteranico  
con una cadena,  
y una luterana  
á señora agüela.  
PERICO. Vámonos yo y tigo  
para el azotea;  
desde allí veremos  
los valles y tierras,  
los montes y prados;  
y más, si allá vamos,  
diré una coseja  
de la blanca niña  
que llevó la Griega.  
DOROTEA. Yo tengo una poca  
de miel y manteca.  
PERICO. Yo turrón del dulce  
y una piña nueva.  
DOROTEA. Haremos de todo  
cocha, boda y buena.  
PERICO. Dorotea, vamos  
á pasar la fiesta,  
y allá jugaremos  
donde no nos vean:  
harás tú la niña  
y yo la maestra:  
veré tu dechado,  
labor y tarea,  
y haré lo que suelen  
hacer las maestras  
con la mala niña  
que la labor yerra.  
DOROTEA. Tengo yo un cochito  
con sus cuatro ruedas,  
para que llevemos  
puestas las muñecas.  
PERICO. Yo un peso de limas  
hecho de dos medias,  
y un correvelas  
que compré en la feria.  
Cuando yo sea grande,  
seña Dorotea,  
tendré un caballito,  
daré mil carreras;  
tú saldrás á verme  
por entre las rejas.  
DOROTEA. Casarte has conmigo

y habrá boda y fiesta,  
dormiremos juntos  
en cama de seda.  
PERICO. Y haremos un niño  
que vaya á la escuela.

*(Vanse DOROTEA y PERICO y sale BANDURRIO.)*

BAND. Con la prisa que salimos  
Bartolo y yo del lugar  
para irnos á embarcar,  
en el monte nos perdimos.  
El viene atrás; yo no hallo  
senda alguna ni vereda,  
ni encuentro pastor que pueda  
decirme dónde he de hallarlo.  
Pero ya descubro y todo  
un pastor, si bien percibo,  
cabizbajo y pensativo,  
puesto en el peñasco el codo.

*(Vase BANDURRIO y salen MARICA y SIMOCHO.)*

SIMOCHO. ¡Oh, más falsa pastorcilla  
que las trampas de los lobos;  
más dura que la tortuga  
la concha, que no el meollo!  
Piensas que por Penelope  
te tienen agora todos,  
y no hay nadie que no diga  
que quieres mal á Simocho.  
Quitáste la gorguera  
con la sarta de abalorio,  
y pusíste el mandil  
con que lavas el mondongo.  
Si lo pensaste encubrir,  
eso, Marica, á los bobos;  
que bien se ve por la saya  
cuando se quema el quillotro.  
MARICA. Simocho, tuya es la culpa  
que esotro día en el corro  
pisaste la pata á Menga.

SIMOCHO. Celuchos, celuchos.  
MARICA. Sonlo.  
SIMOCHO. Marica, si te ofendí,  
le ruego á Dios poderoso  
que las yeguas se me mueran  
y nunca me nazcan potros.  
MARICA. Esas maldiciones y otras  
caigan sobre ti, Simocho,  
y cual asno, pues lo eres,  
cuervos te saquen los ojos.  
Suéltame.

SIMOCHO. Aguarda, Marica.  
MARICA. Suéltame.  
SIMOCHO. Olvida el enojo.  
MARICA. Daré voces.  
SIMOCHO. Aunque grites  
hasta que te oigan los sordos.

*Sale BARTOLO armado de papel, de risa, y en un caballo de caña.*

BARTOLO. Mira, Tarfe, que á Daraja  
no me la mires, ni hables,  
que es alma de mis sentidos  
y criada con mi sangre.  
Y que el bien de mi cuidado  
no puede mayor bien darme,  
que el mal que paso por ella,  
si es que mal puede llamarse,

- ¿á quién mejor que á mi fe,  
esta mora puede darse,  
si ha seis años que en mi pecho  
tiene la más noble sangre?  
Esto dijo Almoradí,  
y escuchóle atento Tarfe.
- SIMOCHO. Hermano, si estáis borracho,  
id á dormir á otra parte,  
que aquí no hay moro ni mora,  
porque somos dos zagales  
que nos queremos casar.
- MARICA. No hayas miedo que tal cases.
- BARTOLO. Retrátate, Almoradí,  
que es razón que te retrates  
de tus mujeriegos hechos,  
y en cosas de hombres no trates.  
Dices que Daraja es tuya;  
suéltala, moro cobarde.
- SIMOCHO. No quiero.
- BARTOLO. Pues por los cielos  
que aquesta lanza te pase.
- SIMOCHO. ¡Ay, que me ha dado en las nalgas!
- MARICA. El diablo que los aguarde.  
*(Vase MARICA.)*
- SIMOCHO. ¿Cómo con la lanza misma  
no me vengo?
- BARTOLO. ¡Arre, arre!
- SIMOCHO. Descabalgad del caballo  
y lo que hicisteis pagadme.  
*(Toma SIMOCHO la lanza y dale á BARTOLO de  
palos y tiéndele en el suelo y vase corriendo.)*
- BARTOLO. ¡Ah, cruel fortuna proterva!  
Apenas puedo moverme;  
contenta estarás de verme  
tendido sobre esta hierba.  
De una desgracia tan brava  
no tengo la culpa yo;  
túvola el asno, que no  
corrió cuando le arreaba.  
¡Santa María me valga;  
no puedo alzarme aunque quiero!  
¡Mal hubiere el caballero  
que sin espuelas cabalga!  
Mas ¿yo no soy Valdovinos  
y Carloto no es aquél  
que, como traidor cruel,  
me dejó entre estos espinos?  
*(Dice ANTÓN dentro):*
- ANTÓN. Por aquí se van ya viendo  
como la estampa lo muestra.
- PERO. Pues como perros de muestra  
los iremos descubriendo.
- BARTOLO. ¿Dónde estáis, señora mía,  
que no te duele mi mal?  
De mis pequeñas heridas  
compasión solías tomar,  
y agora, de las mortales,  
no tienes ningún pesar.  
No te doy culpa, señora,  
que descanso en el hablar;  
mi dolor es tan crecido  
que me hace desvariar.  
*(Dicen dentro):*
- TERESA. Señora madre, adelante;  
una voz he oído hablar.
- ANTÓN. Hacia do la voz oyeres,  
comienza de caminar.
- BARTOLO. ¡Oh, mi primo Montesino!  
¡Oh, infante don Merián!  
¡Oh, buen marqués Oliveros!  
¡Oh, Durandarte el galán!  
¡Oh, triste de la mi madre!  
Dios te quiera consolar,  
que ya es quebrado el espejo  
en que te solías mirar.
- Salen PERO-TANTO, ANTÓN, MARI-CRESPA y TERESA.*
- PERO. Las ramas vengo cortando  
para el camino acertar.
- ANTÓN. A todas partes mirando  
por ver qué cosa será.
- MARI. Al pie de unos altos montes  
veo un caballero estar.
- TERESA. Armado de algunas armas  
sin estoque ni puñal.
- ANTÓN. Lleguemos á ver quién es.
- PERO. Vuestro hijo es, por San Juan.
- BARTOLO. ¡Oh, noble marqués de Mantua,  
mi señor tío carnal!
- ANTÓN. ¿Qué mal tenéis, hijo mío?  
¿Querádesmelo contar?
- BARTOLO. Sin duda que es mi escudero.
- TERESA. La cabeza probó alzar.
- BARTOLO. ¿Qué decís, amigo mío?  
Tráesme con quien confesar,  
que el ánima se me sale,  
la vida quiere acabar;  
del cuerpo no tengo pena:  
el alma quiero salvar.
- PERO. Luego le entendió su padre.
- ANTÓN. Por otro me fué á tomar.  
Yo soy vuestro criado;  
nunca comí vuestro pan;  
vuestro padre soy, Bartolo,  
que os he venido á buscar.
- TERESA. Decidnos si estáis herido.
- MARI. Hijo, decid la verdad.
- BARTOLO. Veintidós palos me han dado,  
que el menor era mortal.
- ANTÓN. Levantémosle del suelo  
y llevémosle al lugar.
- PERO. Muy bien decís.
- BARTOLO. Caballero,  
por mi fe os digo verdad:  
hijo soy del rey de Dacia,  
hijo soy suyo carnal.  
La reina doña Armelina  
es mi madre natural;  
la linda infanta Sevilla  
es mi esposa otra que tal.
- TERESA. ¡Qué esposa ni qué Armelina!
- PERO. Esto en las coplas está  
del noble marqués de Mantua.
- BARTOLO. Era mi tío carnal,  
hermano del rey, mi padre,  
sin en nada discrepar.  
*Sale BANDURRIO.*
- BAND. ¿Adónde estará Bartolo?
- ANTÓN. Llegad, Bandurrio, llegad.
- BARTOLO. Ellos en aquesto estando  
su escudero fué á llegar.  
¡Oh, mi querido Bandurrio!

- Sale TERESA.*
- TERESA. Ellos sean bien llegados,  
que ya está hecha la cama.
- BAND. Pues metámosle acostar,  
que el loco durmiendo amansa.  
*(Llévale BANDURRIO adentro y PERO-TANTO.)*
- TERESA. Señora madre, ¿no sabe?...  
Periquillo y la muchacha  
en el azotea están  
haciendo...
- MARI. ¿Qué es lo que pasa?
- TERESA. Dorotea y Periquillo  
él desnudo y ella en faldas.
- ANTÓN. ¿Mi hija!
- TERESA. Sí, señor suegro. *(Vase.)*
- Sale PERO-TANTO con PERICO y DOROTEA.*
- PERO. ¡Oh, maldita sea la casta!  
Compadre aqueste muchacho  
y esta señora muchacha,  
han de ser deshonra nuestra  
si al momento no los casan.
- ANTÓN. Azotarlos es mejor.
- PERO. Mejor será que se haga  
la boda, si ellos quisieren,  
como Abindaraez y Fátima.
- MARI. Dense las manos entrambos.
- PERO. Y los padres también daldas,  
y para alegrar la boda,  
Bandurrio, músicos llama.  
Hágase así.
- ANTÓN. Yo soy vuestro.
- PERICO. Y yo vuestra.
- DOROTEA. Doy palabra  
que se casarán entrambos.
- ANTÓN. Y yo gusto de aceptalla;  
el enfermo ¿cómo queda?
- Sale TERESA.*
- TERESA. Como un cochino roncaba.
- ANTÓN. Pues como él duerma, el sentido  
volverá á cobrar sin falta.
- Sale BANDURRIO con los MÚSICOS.*
- BAND. Los músicos han venido.
- ANTÓN. Dios guarde la gente honrada;  
canten algo vuestastedes,  
y tú, Teresilla, baila.  
*(Cantan los MÚSICOS esta letra y baila TERESA.)*
- MÚSICOS. «Frescos ventecillos  
favor os pido,  
que me anego en las olas  
del mar de olvido.»  
*(En acabando de cantar esta letra se asoma BARTOLO por lo alto del tablado en camisa.)*
- BARTOLO. Ardiéndose estaba Troya,  
torres, cimientos y almenas;  
que el fuego de amor á veces  
abrsa también las piedras.
- Todos. ¡Fuego, fuego!... ¡Fuego, fuego!
- (Éntranse todos.)*
- BARTOLO. ¡Fuego!, dan voces. ¡Fuego!, suena,  
y sólo París dice: abrase á Elena.
- PERO. Vamos con él; acabar.  
Tened, Bandurrio, de ahí  
y empezad á caminar.
- MARI. Adelántate tú, hija.
- TERESA. Yo voy volando al lugar.
- ANTÓN. Hijo mío, ¿qué es aquesto?  
Acabad de loquear.
- PERO. Lleve el diablo al romancero,  
que es el que te ha puesto tal:  
decid, ¿no tenéis vergüenza,  
Bartolo, de porfiar  
en que sois vos Valdovinos?  
¿Yo Valdovinos? No hay tal.  
Vos, señor, sois Bencerraje,  
y yo alcaide natural  
de Baza.
- BARTOLO. ¿Locura nueva!  
¡Pobre dél que tal está!
- ANTÓN. Dime, Bencerraje amigo,  
¿qué te parece de Zaida?  
Por mi vida que es muy fácil:  
para mi muerte es muy falta.  
Este billete le escribo:  
escucha, y silencio guarda.  
«Si como Damasco vistes,  
vistes jacerina malla,  
y en la guerra escaramuzas  
labrando una rica manga.»
- ANTÓN. El está loco perdido.
- PERO. Bien se ve por lo que habla.
- BARTOLO. «Si tienes el corazón  
Zaide, como la arrogancia.»
- PERO. Otro nuevo disparate,  
otro modo de dulzaina.
- BARTOLO. Por una nueva ocasión  
mira Tarfe que á Daraja  
rendido está Reduán  
de las montañas de Laca.  
Elicio, un pobre pastor,  
en una pobre cabaña,  
con semblante desdeñoso,  
de pechos sobre una vara,  
Brabonel de Zaragoza,  
discurriendo en la batalla,  
por muchas partes herido,  
rotas las sangrientas armas.  
Sale la estrella de Venus,  
rompiendo la mar de España,  
después que con alboroto  
entró la mal maridada.  
En un caballo ruano,  
afuera, afuera, aparta, aparta.  
Tenedlo, Bandurrio, bien.
- ANTÓN. Tenedlo, no se nos vaya.
- PERO. Ea, vamos poco á poco,  
que ya llegamos á casa.
- MARI. ¡Ay, pobre dél! Ya le lloro  
como muerto.
- BAND. ¡Grande lástima!
- BARTOLO. Todos dicen que soy muerto.  
Dígame tú la Serrana,  
si Azarque, indignado y fiero,  
su fuerte brazo arremanga.
- MARI. ¿Quién es Azarque, hijo mío?
- BARTOLO. Azarque vive en Ocaña.

1 Así en el original.

XXXIII.—Entremés de los Mirones.<sup>1</sup>

LICENCIADO MIRABEL.  
DON DIEGO.  
DON FRANCISCO.  
PRIMER MIRÓN, FONSECA.  
SEGUNDO MIRÓN, CAMACHO.

TERCER MIRÓN, VOZME-  
DIANO.  
CUARTO MIRÓN, ROBLES.  
QUINTO MIRÓN, ZORRILLA.

Salen el LICENCIADO MIRABEL, DON DIEGO y DON FRANCISCO.

DON DIEGO.

Señor licenciado Mirabel, si vuesa merced me quiere bien, vuelva á contar á don Francisco, por vida mía, lo que me acaba de decir de esa su cofradía. Apercebíos á oír una de las donosas invenciones que habéis oído en vuestra vida.

DON FRANCISCO.

Ea, señor Licenciado; no me la haga desear, que tal como buena debe de ser, pues que á don Diego, que tiene tan buen gusto, le ha caído tan en gracia.

LICENCIADO.

En suma, señores, es una niñería inventada para entretenimiento por no sé cuantos estudiantes, mis discípulos, que el otro día, tratando de qué pasatiempo echarían mano para pasar con gusto algunos ratos de aqueste carnaval, dieron en que por estos días se fundase una cofradía, que llaman de los Mirones, cuyo instituto fuese éste: que repartidos, como frailes, por barrios de la ciudad, de dos en dos, vayan á lo disimulado, mirando con atención todas las ocasiones ó sucesos que tienen más del gusto y del extravagante. Y cada tarde, á estas horas, viene cargado cada par de cuantas baratijas ó basura ha recogido en el barrio que le cupo; y refiriéndomelo á mí, que á fuerza de brazos han querido que sea su sacerdote, á ellos les sirve de pasatiempo al notarlo, y á mí, poco menos que á ellos, el oírlo. Y acordamos que se llamasen Mirones los cofrades, porque van desojados por las calles mirando lo que pasa, para traer que contar y que reír.

DON DIEGO.

Don Francisco, ¿no os parece agraciada invención, sin perjuicio de nadie, y con entretenimiento, y aun con provecho de los que fueren desta cofradía, porque con ir advertidos y mirones, van cultivando los ingenios y adquiriendo experiencias de todo lo que ven para hacerse prudentes?

DON FRANCISCO.

Tenéis mucha razón, que es tasa en que sólo pudieran dar estudiantes; y lo que ellos no hicieren, no lo harán los diablos del infierno.

<sup>1</sup> Publicado por D. A. de Castro en su libro *Varias obras inéditas de Cervantes*. Madrid, 1874.

LICENCIADO.

Así es; pero no todos, que á muchos que han pretendido ser cofrades no hemos querido admitirlos, porque no basta ser mirón, sino también admirón ó admirador de las cosas que se ven. ¡Cuántos jumentos ó caballos pasean por las calles de Sevilla con los ojos abiertos, siendo mirones de todo lo que pasa, que, preguntados qué han visto, ó qué han ponderado en lo que han visto, no darán razón dello! Lo mismo sucede á muchos hombres, que pasan por lo que ven con el mismo descuido que un caballo.

DON FRANCISCO.

¡Cuántos conozco yo destos! Infinitos, que sólo parece que nacieron en el mundo para gusanos de seda: duermen lo más de la vida, comen y beben el resto, y al fin muérense dentro del capullo.

LICENCIADO.

Por esto nuestros cofrades son muy pocos, pero la nata de todos estos estudios. Y en descubriendo en alguno poco ingenio en reparar y ponderar lo que ve, al punto se le da carta de horro y le borramos de nuestra cofradía.

DON DIEGO.

Y cuando á la tarde se retiran, ¡lindas cosas deben traer advertidas!

LICENCIADO.

Sevilla es una Níve, es otra Babilonia; de lo que rueda por esas calles, si hay quien lo note, cada hora puede hacerse una crónica. Ya se va haciendo hora de recogerse á desbuchar algún par de Mirones. Esténse vuestas mercedes aquí, y oirán maravillas si se detienen un rato. Perecieran de risa si se hallaran ayer á estas horas en este mismo lugar, porque entre otra infinidad de baratijas que trajieron notadas, un estudiante Mirón, de agraciadísimo gusto, dijo que, habiéndole cabido el barrio de Santa María la Blanca, en cuya placetilla suele juntarse infinidad de negros y negras, se fué disimuladamente arrimando adonde vía que estaban algunos en buena conversación, y oyó que, al cabo de muchos cumplimientos que pasaron entre unos cuantos negros (porque ellos son, no solamente con los blancos, sino consigo mismos, cortesísimos y llenos de ceremonias), preguntó uno con su media lengua á otro:—«Vuesa merced me diga, ¿es verdad que su amo le ha vendido?»—«Sí, señor; vendido me ha», dijo el otro.—«¿En cuánto, por vida mía, vendió á vuesa merced?»—«En ciento y veinte ducados». El otro, cabeceando y mirándole desde los pies á la cabeza, dijo con gran ponderación:—«¡Mucho es, por vida mía! No vale tanto vuesa merced, ni con buen cato: ochenta ducados vale vuesa merced, y no una blanca más.»

DON FRANCISCO.

Lindo, á fe de hidalgo, fué el negro apreciado. Por eso sólo valía mil ducados. Y es lo

DON DIEGO.

Y es el donaire que, mientras lloraba con los ojos, estaría robando con las manos y engañando á los mismos despenseros, que son los sucesores de Judas.

SEGUNDO MIRÓN.

Pues oigan vuestas mercedes, que falta lo mejor.

PRIMER MIRÓN.

Una freidera, que estaba pared y medio, no pudo sufrir tanta devoción, habiendo sido testigo de la pendencia pasada; y dijo entre dientes, que no debiera:—«¡Gentil hipocresía! ¡Acabada de deshonorarse con la otra, llora en oyendo que nombran á Pilatos!» No lo dijo tan bajo que la placera no lo oyese. Y en oyéndolo, salta como una leona de la tienda, y poniéndose delante della, díjole á gritos de una en cien mil desvergüenzas. Y al quererle la otra responder, no quiso darle lugar, sino, volviéndole las ancas, arregazóse las faldas, y descubriendo el trasero de par en par, díjole dos ó tres veces:—«Habla con ese, bellaca.» La freidera, que se halló con una sartén puesta al fuego, llena de aceite hirviendo para freir unos albures, cogióla en las manos, y respondió:—«Sí, borracha, con ese hablaré, que es harto más limpio y mejor que no sois vos.» Y al mismo tiempo envasóle en toda aquella coraza del gran turco cuanto aceite tenía la sartén. La vendedora, dando cien mil alaridos, no halló charco de agua ni de lodo en aquel suelo por donde no se revolcase, buscando algún refrigerio contra el ardor de las nalgas en que se estaba abrasando. La freidera se retrajo luego al momento á Santa Catalina, por miedo de la justicia; y á la otra, que estaba ya como muerta, la llevaron en brazos al hospital del Cardinal, donde tendrá bien que curar por hartos días. La risa y chacota de la gente fué infinita, en medio desta desgracia. Yo al menos estuve muy cerca de ahogarme, según lo que ref.

LICENCIADO.

Ella pagó lo que debía. Ahí me las den todas.

DON DIEGO.

Para mí son más gustosas sus riñas que ver un juego de cañas.

DON FRANCISCO.

Pues yo, ¡pajas! Par Dios, si voy al lado de un duque, le dejo por oírlas, y me pare hasta que se hayan acabado de mesar. En Baeza me sucedió lo que diré. Hallándome yo presente y yendo á caballo y de camino una mañana, para pasar á Jaén á un negocio que me importaba harto, dejé la jornada de aquel día sólo por ver el fin de una pendencia que, al pasar por la plaza, vi trabada entre una mulata y una moza de hartó buena cara y no mal vestida. Y fué el caso que, llegando á la plaza una carga de guindas, se juntó cuanta gente de bien estaba por ahí, y cada uno, á mía sobre tuya, pedía quien dos, quien cuatro libras de guindas. Entre los demás se había llegado con un lenzuelo en la mano esta moza, que dije de

bueno que el otro negro apreciado no se enojaría ni lo tendría por agravio.

LICENCIADO.

¡Bueno es eso! Antes quedó muy contento; y fué contando que su amo se había deshecho dél porque, habiéndose casado contra su voluntad con una negra del barrio, queriendo concertar que cada sábado fuese á dormir con su mujer, le había preguntado cuántos sábados tenía cada semana; y respondiéndole el amo que uno solo, había él replicado que si quería que en cada semana hubiese tres sábados al menos, él se contentaría; mas que si le daba solo uno, se iría al juez de la iglesia que le hiciese justicia. El amo, mohino desto, le vendió al amo de la negra por lo que quiso darle.

DON DIEGO.

Donoso anduvo el negro, por vida de quien soy. Son todos extravagantes y graciosos en cuanto piensan y dicen.

(*Entran dos cofrades en hábito de estudiantes, y habiendo saludado y hecho su cortesía al LICENCIADO y á los dos caballeros, dícele el LICENCIADO:*)

LICENCIADO.

Sean muy bien venidos, señores Mirones. ¿Qué barrio les ha cabido?

PRIMER MIRÓN.

El de Santa Catalina, con sus alrededores.

LICENCIADO.

¿Y ha sido buena la cosecha?

SEGUNDO MIRÓN.

Razonable: nunca peor.

LICENCIADO.

Ea, pues, reyes míos, registren lo que hayan recogido para dar lugar á los que fueren viniendo.

(*Aquí hacen algunos cumplimientos entre los dos sobre cuál ha de comenzar, y al fin dice el primero:*)

PRIMER MIRÓN.

En lo que más nos hemos entretenido esta mañana es en verse dar la batalla dos regatonas ó placeras de las que allí venden, sobre que una dellas había llamado á un aldeano que estaba en la tienda de la otra regateando sobre unas berengenas. Trabáronse de aquí como dos sierpes y dijéronse de lo bueno y bien cernido; y luego, la una con un hace de rábanos, y la otra con una banqueta de tres pies en que estaba sentada, se acometieron como onzas; y á mía sobre tuya, se dieron tantas en ancho como en largo, hasta que, entrando gente de por medio, las pusieron en paz; y de puro molidas como alheña, jarleando se retiraron á sus tiendas. Pero lo más gracioso fué que apenas había pasado esta guerrilla, cuando la una llamó á un ciego y le pidió, poniéndole un cuarto en la mano, que le rezase la pasión; y apenas hubo el ciego llegado á aquello de *saca Pilatos al Onipotente*, cuando la buena vendedora lloraba como una criatura de pura compasión.